

Aula 5

ÉPOCA COLONIAL: NARRATIVAS DE LA INVASIÓN EN LAS CRÓNICAS HISTORIOGRÁFICAS – PARTE II: EL PRISMA DE SOLDADO DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

META

Poner el alumno en contacto con otra perspectiva sobre los hechos relatados anteriormente por Hernán Cortés en sus cartas a Carlos V, respecto a la dominación de México. Permitir que el alumno eche mirada a la amplitud menos cerrada que le da a los hechos Díaz del Castillo.

OBJETIVOS

Al final de esta clase el alumno deberá ser capaz de:
Verificar en Díaz del Castillo el intento de traer mayor colectividad a las hazañas cortesianas de la Invasión.
Identificar lo importante que es en la crónica de Bernal el rol que juega cierta nativa respecto a quien nos centraremos.

PRERREQUISITOS

Literatura Española I/Teoría de la Literatura II
La clase anterior es importante para el alumno a la medida que los acontecimientos expuestos en las crónicas que ahora juntos vamos a trabajar son coetáneos o aun consecuentes de los que abarcamos en las muestras que antecedieron nuestro trabajo aquí.

Alessandra Corrêa de Souza
Luciano Prado da Silva

INTRODUCCIÓN

La crónica historiográfica con la cual pasamos ahora a dialogar se difiere de las anteriores principalmente porque nos ofrece otro prisma que no apenas los de los comandantes de la invasión española. En ese sentido, las páginas de Bernal Díaz del Castillo tienen un carácter colectivista que parece reclamar la gloria exclusiva al y del capitán Hernán Cortés (JOZEF, 2005). Bernal es soldado de las campañas de Cortés. Por cuenta de su posición, se puede decir que su relato (y el de otros “cronistas-soldados”) es sobrio, sin grandes aprecio por la cultura libresca, aunque ello no le avergüence o aun le impida que se exprese con la poca que posee (JOZEF, 2005).

En comparación a los documentos de los cabecillas de la invasión, la crónica soldadesca demuestra el intento de acercarse de una vez a la cultura de los pueblos vencidos. Se esquivo de los detalles más sórdidos practicados por ambos lados de la guerra, es menos detallista en cuanto a la descripción de costumbres, si bien le saltan aquí y allí indicios etnográficos y sobre instituciones. Así, aun cuando le falte a la crónica del soldado mayor dominio de las normas de su lengua, empero no le falta poder de observación dotado de valor narrativo y descriptivo (JOZEF, 2005).

Bernal Díaz del Castillo

Bernal Díaz del Castillo (¿1492?-¿1585?) nació en la villa de Medina del Campo, en Valladolid, España. De muy joven se decide por las armas, afán que lo lleva a las Indias Occidentales en 1514 junto a Pedro Arias de Ávila en expediciones con rumbo a Centroamérica. Años después, sigue con Francisco Hernández de Córdoba hacia Yucatán. Luego vuelve a embarcar para las campañas de la invasión, esta vez con Juan de Grijalva, el 1518, con destino a Tabasco. Hasta que en 1519 se junta a los hombres de Hernán Cortés, participando activamente en las batallas de la caída de México-Tenochtitlán (RAMÍREZ CABAÑAS, 1960).

Se acepta que en 1568 finalizaba su crónica (RAMÍREZ CABAÑAS, 1960), la cual se vuelve una lectura de la invasión cortesiana en tierras mexicas/nahuas. No obstante, el reclamo colectivo que parece saltar de las páginas de Díaz del Castillo no se hace en contra la persona de Cortés, sino que se presenta de manera contraria a la demasiada exaltación, en otras crónicas, a la figura del capitán como héroe “único” en detrimento de la fuerza colectiva de las expediciones. En base a eso, el título que da a su crónica, **Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España**, es clara contestación a la crónica **Historia General de las Indias** (1552), de Francisco López de Gómara (1511-1564), quien fue capellán y biógrafo de Hernán Cortés (JOZEF, 2005).

La colectivización que busca Bernal en su texto de soldado no excluye su admiración incluso por el mismo Hernán Cortés, quien, para Díaz del Castillo, era hombre que sabía comandar y obtener la estima y admiración de sus compañeros (RAMÍREZ CABAÑAS, 1960). Aun así, algo pasa también en sentido opuesto. Es como mínimo curiosa la contradicción de que un hombre, quien llegó a usar indígenas como permuta (en sus primeros años de Indias) y fue defensor de la explotación nativa de las encomiendas, haya demostrado lo más de las veces en su texto aprecio por la cultura autóctona y lo valeroso que ve en el espíritu aborigen. De ese modo, nos aprovechamos de la observación anterior para dar cuenta de su interesante mirada hacia un personaje de gran relevancia en la historia de choque cultural que irrumpe con la Invasión.

La nativa Malintzin tuvo importantísimo rol en las batallas de la Invasión que estuvieron bajo el liderazgo de Hernán Cortés. Sin embargo, en las cartas del mismo Cortés a Carlos V ella poco es mencionada. En su segunda carta de relación, Cortés, cuando del avance español rumbo a la primera investida a Tenochtitlán, al llegar a la ciudad que los nativos llamaban Churultecal, se refiere a Malintzin tan solo de la siguiente manera: “Una india que traía conmigo como intérprete supo por otra nativa que ellos habían sacado todas las mujeres y niños de la ciudad y que pretendían matar a nosotros todos” (Enviada a 30 de octubre 1520). La segunda y última remisión a esa importante figura nativa vuelve a ocurrir apenas en la quinta de las cartas de Cortés (con la fecha del 03 de septiembre 1526), cuando él la llama por el nombre cristianizado que le dieron a ella los hispanos:

Yo le respondí que el capitán que los de Tabasco le dijeron que había pasado por su tierra con quien habían peleado era yo, y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba – que es Marina, la que yo conmigo siempre he traído – porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres.

Ahora bien, en las crónicas escritas por Díaz del Castillo las referencias a Malintzin son no solo en mayor número sino que bastante más informativas. En todo el capítulo XXXVI, Bernal primero reitera a Cortés acerca del modo como Malintzin le fue obsequiada a su comandante. Pero después sigue con detalles aún más interesantes sobre “doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fue allí traída.” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1568/1632 [1960], p. 120)

De hecho cumple lo prometido de darnos más de Malintzin, sobre quien dice que “es de buen parecer y entremetida y desenvuelta” (Ibídem, p. 121). Para ello, dedica a ella todo el capítulo siguiente, el cual le abre diciendo:

[Q]uiero decir lo de doña Marina (...): Que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él (...), y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo, y según pareció, querían bien al hijo que había habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés. (Ibídem, p. 123)

Y, más allá de la cruda información en la relación de Cortés, Bernal Díaz del Castillo ([1960], p. 123) da cuenta de la relevancia de Malintzin, relatándonos que “como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo” (Ibídem). Además, añade que, cuando de la ocasión en que describe lo anterior, Malintzin cumple con otro destino, lo cual, si por un lado nos choca, por el otro al autor le parece común y propicio para darle a ella alabanza:

Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizaba (...) Y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España (Ibídem, p. 124).

Por fin, cierra el capítulo que a ella le dedica, afirmando que

[D]oña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía de la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una; se entendían bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés; fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México. (Ibídem – subrayado mío en negrillas)



“Mapa del entonces Imperio Mejjicano, con el pueblo desaparecido de la Maliche”.

CONCLUSIÓN

Es interesante que el carácter colectivo que Díaz del Castillo tanto proclama en su visión de soldado del lado vencedor de las guerras de la invasión sirva a la vez para tocar en aquella quien, por aguas turbias del destino, terminó por servir a la empresa a que se impuso Cortés. En ese sentido, puede que, en favor de sus actos pro alabanza a una indígena (a pesar de las permutas y defensa de la encomienda aquí expuestas), esté su contacto con y respeto por el fray Bartolomé de las Casas, célebre defensor de los nativos del “Nuevo Mundo” (CABAÑAS, 1960).

Llamada “la lengua” (al igual que así lo eran llamados otros que cumplían la misma función traductora) por Bernal, Malintzin, después bautizada bajo el nombre extranjero de Marina, aparecería en otras crónicas. Sin embargo, es desde las páginas del más célebre de los cronistas soldados que se extraen datos para trabajos futuros a hacer referencia a aquella a quien vendrían a nombrar (ensayistas, ficcionistas, pintores) La Malinche.



RESUMEN

Hemos preferido aquí destacar, dentro del reclamo de gloria colectiva en las crónicas de Bernal Díaz del Castillo, la relevancia que él le confiere al papel que Malintzin, La Malinche, desempeñó en el choque Viejo x Nuevo Mundo. Partimos de las pocas remisiones que Cortés le dedica en sus cartas para el trabajo desde los dos capítulos que Bernal Díaz ofrece a la descripción de aquella a quien los españoles nombran doña Marina.

Con ello, trabamos contacto con las líneas tuertas que llevaron Marina de esclava de una etnia que no la suya, en la cual era heredera primera, hacia los sucesos de ser regalada al invasor hispánico y por ese ser utilizada para bien servirlo. Al fin, concluimos con lo de que Malintzin pasa a Marina y después a La Malinche, es decir, en tráfico de las páginas de Bernal Díaz a las de otros inúmeros escritores y artistas.



ACTIVIDAD

Al hablar de la desenvoltura de doña Marina, Díaz del Castillo lo hace tras informarnos que, como forma parte de un obsequio de veinte mujeres dadas a Cortés, ese

[L]as repartió a cada capitán la suya, y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carrero (...), y después que fue a Castilla Porto Carrero **estuvo la doña Marina con Cortés**, y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés (DÍAZ DEL CASTILLO, 1568/1632 [1960], p. 121)

Lo subrayado al fin de la cita de arriba es nuestro. Con él queremos destacar otro hecho relevante que a Malintzin le pasó (o le fue hecho). Es a partir principalmente de ese acaecimiento que se alza la figura de Marina a la de LA MALINCHE. Se anclan ahí los razonamientos de rescate que lo hacen los escritores del siglo XX y XXI. Entonces, les pregunto, estimados alumnos:

¿Cómo pasa a ser tratada u observado el rol de Malintzin, La Malinche, en la Historia de México? ¿Qué mirada le lanza la historia? O, más bien, ¿qué miradas le viene lanzando a La Malinche la interpretación de su historia?

Les digo que las señas para su análisis pasan por los nombres de escritores y expertos como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Margo Glantz. Investiga en internet y lo encontrarás. Pero, advierto, antes de conclusiones inmediatas, piénsalo, desde la visión que nos ofrecen las crónicas de Bernal: heredera preterida en la línea de comando de su pueblo originario; luego intencionalmente dada como muerta; pasa de las manos de su gente a las de otro pueblo que no el suyo; y, luego, a las manos de los hispanos, donde es dada a un capitán de Cortés, pasando a su concubina para, más adelante, ser casada aún con otro, el dicho Juan Jaramillo; y eso que no ha dejado en ningún de estos momentos de servir a Cortés como eran nombrados los intérpretes: la lengua, “mi lengua”.



AUTO-AVALIAÇÃO

<p>¿Qué has aprendido en esta clase? ¿Eres capaz de desarrollar razonamientos, ya sean por escrito u oralmente, respecto al contenido presentado? Escribe algo sobre el contenido de sus conocimientos en el cuadro que sigue.</p>	
<p>¿Consigo apuntar clara diferencia entre la crónica del Bernal y la de Cortés?</p>	<p>A partir de lo leído en Díaz del Castillo, ¿consigo ver Malinche más allá de la carga de presunta traicionera de la gente mejicana?</p>
<p></p>	<p></p>



PRÓXIMA AULA

Aun cuando exalta doña Marina en sus crónicas, Bernal, como tantos otros cronistas, no trae exactamente, entre comillas, por ejemplo, el habla, la voz de Malintzin. Dicha voz de los originarios vencidos la “escucharemos” la próxima clase, a partir de los relatos colectados por algunos misioneros y en palabras de los mestizos que no olvidan sus orígenes. Es cuando volvemos a encontrarnos. ¡Hasta pronto!

REFERENCIAS

- CORTEZ, Hernan. **A conquista do México**. Trad. de Jurandir Soares Santos. Porto Alegre: L&PM, 1996.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. **Historia verdadera de la conquista de la Nueva España**. México, D. F.: Editorial Porrúa. Tomo I, [1568/1632] 1960.

FUENTES, Carlos. **El espejo enterrado**. México, D.F.: Santillana (Alfaguerra), [1992] 2010.

JOZEF, Bella. **História da literatura hispano-americana**. Editora da UFRJ/Francisco Alves Editora: Rio de Janeiro, 2005.